

EL HARÉN EN OCCIDENTE¹

Fatema Mernissi

LA SHEREZADE MUSULMANA, O EL CEREBRO COMO ARMA ERÓTICA MÁS PODEROSA DE UNA MUJER

(Págs. 55-72)

Sherezade es el nombre persa de la joven recién casada que narra los cuentos de *Las mil y una noches*. Son cuentos de orígenes diversos: indios, persas y árabes. Los cuentos, símbolo del genio islámico como experiencia de pluralidad, abarcan el territorio comprendido desde Malí y Marruecos, en la costa atlántica del norte de África, hasta India, Mongolia y China. Cuando uno se adentra en estas fábulas empieza a recorrer un universo musulmán que hace caso omiso de las fronteras que separan culturas distantes y muy diferentes entre sí. Por ejemplo, en los cuentos los persas hablan árabe y aparecen como gobernantes que no comparten la herencia cultural de su nación. Sherezade es la unión de dos vocablos persas: *Tchihhr* (*a*) y *zad*, que unidos significan «nacida en la aristocracia». Por el nombre de su esposo sabemos que es un persa, igual que ella: Sahriyar es la contracción de las palabras *shahr* y *dai'*, que unidas significan «Señor del reino». Sin embargo, en la intimidad de la alcoba Sherezade no habla persa con su esposo, que se enorgullece de ser descendiente de la dinastía sasánida. Por el contrario, emplea el árabe. Y aun siendo persa, Sahriyar «dominaba las islas de India y China». Sin embargo, estas maneras cosmopolitas, esta capacidad de trascender las fronteras culturales, intensifican la diferencia existente entre los sexos y la convierte en un abismo imposible de cruzar. Los cuentos de Sherezade ponen de manifiesto la guerra sangrienta que libran hombres y mujeres.

Las «mil y una noches» comienzan con un episodio trágico de adulterio y crimen vengativo, pero acaban siendo una compilación de cuentos gracias a la capacidad intelectual de Sherezade, que sabe leer los pensamientos de su esposo. Al comienzo Sah Zamán, el hermano menor de Sahriyar y feliz rey de «la tierra de Samarcanda», «entró en su alcázar y encontró a su esposa durmiendo en el lecho conyugal, abrazada a un esclavo negro». Después de matar a la esposa adúltera y al esclavo Sah Zamán decide ausentarse de su reino una temporada, con la esperanza de curarse de la afrenta alejándose de la escena del crimen. Así pues, emprende el camino para ir a visitar a su hermano Sahriyar.

Parece ser que el poner tierra de por medio solo funcionó unos días, pues una mañana el deprimido Sah Zamán se asomó a la ventana del harén de su hermano y creyó alucinar: «Mientras penaba su infortunio, alzó la vista al cielo y luego miró distraídamente hacia el jardín, y vio que se abría la puerta privada del alcázar de su hermano y de allí salió la señora, la esposa de su hermano, igual que una gacela de ojos

¹ Este documento es una selección de textos extraídos de MERNISSI, Fatema. *El harén en Occidente*. Madrid: Espasa-Calpe, 2001.

negros, seguida por veinte esclavas, diez blancas y diez negras. Se sentaron todas, se desnudaron, y de pronto había allí diez esclavas y diez esclavos negros que se habían disfrazado con las mismas ropas que ellas. Entonces los diez esclavos negros tomaron a las diez jóvenes, mientras la señora exclamaba: “¡Mas’ud! ¡Mas’ud!”. Un esclavo negro saltó desde un árbol, corrió hacia donde ella estaba y, alzándole las piernas, la penetró entre los muslos y le hizo el amor. Mas’ud cubría a la señora, mientras los diez esclavos cubrían a las diez muchachas, y así estuvieron hasta el mediodía. Entonces, los diez esclavos volvieron a vestirse y de nuevo pareció que había allí veinte esclavas. Mas’ud, por su parte, trepó por el muro del jardín y se perdió de vista, mientras las esclavas y la señora se dirigían tranquilamente hacia la portezuela privada. La cerraron bien tras de sí y prosiguieron su camino». En el mundo árabe la traición sexual de la esposa del rey Sahriyar simboliza la traición política que infligiría un esclavo a su señor. La frase «Mas’ud cubría a la señora» (*wa mas’ud fawqa asit*) parece condensar la tragedia del harén: es el anhelo fatal de trastocar la jerarquía diseñada por el esposo que la mantiene encerrada lo que la lleva a buscar la compañía del esclavo y copular con él. La traición al esposo es inherente a la estructura misma del harén. La conducta fatal de las mujeres venía impulsada por la jerarquía que los hombres imponían y los muros que alzaban para dominarlas. En la escena del adulterio de *Las mil y una noches*, las fronteras del harén son porosas, frágiles. Se pueden difuminar, con facilidad, y hasta borrarse: un hombre puede vestirse de mujer sin más y pasar desapercibido.

Pero volvamos a Sherezade. Nuestra heroína entró en el palacio de Sahriyar años después de aquel incidente. Por aquel entonces no solo Sahriyar había matado a la esposa adúltera y a su *Mas’ud*, sino que se había dedicado a decapitar sistemáticamente a cientos de vírgenes inocentes a la mañana siguiente de haberse casado con ellas. «Continuó con esta costumbre hasta que todas las muchachas del reino hubieron muerto. Las madres estaban de luto y creció un clamor entre padres y madres». Encontramos aquí otro ejemplo de cómo en *Las mil y una noches* se mezclan el sexo y la política: lo que comenzó siendo una guerra de sexos se convirtió en un alzamiento popular, pues también los padres desconsolados se rebelaron contra el rey. Solo quedó un padre con el privilegio de mantener vivas a sus dos hijas vírgenes: el visir del rey, responsable de verificar las sentencias de muerte. Sus hijas eran Sherezade y Dunyazad, la hermana menor. En semejante contexto, trágico y políticamente explosivo, Sherezade decide sacrificarse y enfrentarse al rey.

Lo cierto es que al visir no se le había pasado por la mente sacrificar a su propia hija. Al contrario, estaba urdiendo un plan de huida, pero fue Sherezade quien insistió en enfrentarse al rey para detener el río de sangre. Por eso Sherezade aparece como una heroína política, una libertadora en el universo musulmán «¡Padre mío! ¡Cásame con ese rey! Si vivo, todo irá bien, y si muero, serviré de rescate a las hijas de los musulmanes y seré la causa de su liberación». Su estratagema dio resultado, como lo demuestra el hecho de que sobrevivió al degüello: consistía en emplear el cerebro para inventarse un cuento la primera noche, que habría de cautivar al rey de tal modo que querría escuchar otro la noche siguiente.

A un criminal que está empeñado en asesinarte, hacerle cambiar de opinión contándole cuentos es un logro extraordinario que requería de la víctima, Sherezade, un dominio perfecto de tres talentos estratégicos: compilar una cantidad ingente de información, conocer muy bien la mente del criminal y comportarse con sangre fría. El primero es de naturaleza intelectual: reunir unos conocimientos ricos y variados de los que poder extraer historias. En las primeras páginas del libro se describe la sabiduría

enciclopédica de Sherezade: «Había leído libros, historias, biografías de los antiguos reyes y crónicas de las naciones antiguas. Se dice que había llegado a reunir mil volúmenes referentes a la historia de los pueblos extinguidos, de los antiguos reyes y de los poetas». Pero, como se sabe, ser culta no es suficiente para que una mujer logre influir sobre los hombres que detentan el poder en asuntos críticos como el cese del recurso a la violencia, pero Sherezade lo consiguió. Es asombroso el número de mujeres con formación superior que toma parte de los diversos proyectos antinucleares y de paz en Occidente, y sin embargo sus modernos Sahriyar siguen fabricando gran cantidad de armas. De ahí el interés de analizar el éxito de Sherezade, aunque pertenezca al ámbito de la ficción. De hecho, no deberíamos subestimar nunca la ficción, y menos ahora que la realidad virtual es parte tangible de nuestra modernidad.

El segundo de los talentos es de naturaleza psicológica: modificar la mente de un criminal usando solo palabras. La estratagema arriesgada, pero exitosa, de Sherezade consistió en usar el diálogo para desarmar a un asesino. Para lograrlo, la víctima tenía que conocer muy bien las posibles maniobras del criminal y adelantarse a los acontecimientos a medida que transcurría el tiempo, como si de una partida de ajedrez se tratara. Debemos recordar que el rey, el agresor, al principio no hablaba con Sherezade. Durante los seis primeros meses se limitó a escuchar sin pronunciar palabra. El agresor vigiló a su víctima en silencio durante más de cien noches, así que Sherezade solo podía averiguar lo que le rondaba por la mente observando la expresión del rostro y sus gestos, y calcular el siguiente movimiento a partir de tan sutiles pistas. ¿Cómo hablar durante horas y horas en plena noche sin incurrir en un error psicológico que podría resultar fatal? Sherezade tenía que acertar, pues el mínimo fallo habría sido fatal. En el ámbito militar esta habilidad de usar los propios conocimientos para anticiparse a los hechos, incluidas las posibles reacciones psicológicas de todos los implicados, es lo que se conoce como estrategia.

Por último, la víctima tiene que saber controlar su miedo con sangre fría, al menos lo suficiente como para seguir pensando con claridad y actuar independientemente. Así conseguirá dirigir ella el desarrollo de la interacción, en vez del agresor. Sherezade sobrevivió porque demostró ser una superestratega. Si se hubiera desnudado al estilo de las vampiras de Hollywood, o como una de las odaliscas de Matisse, y se hubiera tumbado indolente en el lecho del furibundo rey, la habría matado, porque lo que este hombre buscaba no era sexo, sino una psicoterapeuta. El rey Sahriyar padecía de autodesprecio en grado agudo, igual que cualquiera de nosotros si hubiera descubierto que nos habían sido infieles. El rey estaba furioso porque no comprendía al sexo opuesto ni por qué su esposa le había traicionado.

El dominio intelectual de una mujer indefensa, así como su lectura acertada de una situación compleja, la capacita para modificar el equilibrio de fuerzas y hacerse con el puesto preeminente. Esta es la razón por la que aún hoy muchas mujeres, como yo misma, que nos sentimos totalmente indefensas en el ámbito de la política, admiramos a Sherezade. Sin embargo, muchos occidentales se preguntan si no será Sherezade un mal ejemplo para la mujer moderna. En mi opinión, si la situáramos en un contexto eminentemente político, cosa que en Occidente no se plantea (pues Sherezade queda reducida a simple entretenedora frívola), quedaría muy clara su pertinencia como modelo de mujer. Si nos fijamos en su objetivo y en cómo se las ingenió para salvarse no solo a sí misma, sino a todo el reino, moldeando poco a poco la voluntad del jefe máximo (el rey), su logro resulta aún más llamativo, considerando además su situación

inicial de debilidad. La escritora británica A. S. Byatt tenía razón al subrayar que, si bien el argumento «se presenta como una historia contra las mujeres» (no hay más que ver la tremenda desigualdad entre Sherezade y su esposo al comienzo), acaba venciendo ella. No solo triunfa su estrategia, ya que el rey termina renunciando a su macabro proyecto de decapitar a sus esposas cada amanecer, sino que además va transformando las creencias, motivaciones y psicología de su esposo, como lo demuestra el hecho de que al cabo de los primeros seis meses él reconoce que era una equivocación el sentirse tan enfadado con las mujeres. «¡Ay, Sherezade!, me has hecho dudar de mi poder monárquico (*zahadtanifi mulki*) y has conseguido que lamente mi pasado de violencia contra las mujeres y la matanza de tantas muchachas».

Esta confesión de un déspota violento, que reconoce que el diálogo con su esposa ha cambiado su concepción del mundo y le ha llevado a considerar su pasado político, inspiró a muchos escritores árabes famosos del siglo XX. Estos reconocieron a Sherezade, y a todas las mujeres, el *status* de agentes civilizadores. El influyente pensador egipcio Taha Hussein predijo que la paz y la serenidad reemplazarán la violencia en las intenciones y en los hechos de los hombres si estos dejan que el amor de una mujer los redima. En su obra *Sueños de Sherezade (Ahlam Scheherazad)*, publicada en 1943, la narradora de cuentos se convierte en el símbolo de los inocentes aniquilados durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque aquella fue una guerra instigada por Occidente, arrastró a otros pueblos, como el árabe, y al final a la población entera del planeta, que no tenían nada que ver con la contienda. Por su parte, el rey simboliza el ansia de los hombres por matar, un deseo incomprensible y trágico. Después de muchos años escuchando a su cautiva, Sahriyar se da cuenta de que la mujer sentada en su poltrona era depositaria de un secreto precioso. Si lograra comprender quién era esa mujer y qué quería de él, podría alcanzar un estado de crecimiento emocional y de serenidad.

SAHRIYAR: *Quién eres? ¿Qué es lo que quieres?*

SHEREZADE: *¿Quién soy? Soy Sherezade, la que os ofreció el placer de escuchar sus cuentos durante años y años, tan asustada de vos como estaba. Ahora he alcanzado el punto en que puedo ofrecer también mi amor, pues me he liberado del temor que me inspirabais. Y, ¿qué quiero? Quiero que mi señor, el Rey, pruebe el sabor de la serenidad. Quiero que sienta la dicha de vivir en un mundo sin ansiedad.*

En las reflexiones de Taha Hussein acerca de la barbarie, la redención comienza cuando se establece el diálogo entre el poderoso y el débil. La civilización podrá florecer cuando los hombres aprendan a dialogar, en su intimidad, con los seres humanos que tienen más cerca: las mujeres que comparten su lecho. El hecho de que Taha Hussein Fuese ciego, por lo tanto un minusválido, inútil para participar en una guerra, igual que las mujeres, despertó en los años cuarenta el simbolismo medieval que veía en Sherezade un nexo entre lo humano y lo femenino. Por parte de los pensadores musulmanes, desde Qacem Amin (adali del feminismo en el siglo XIX) hasta nuestros días, toda reflexión sobre la modernidad, entendida como la ocasión para eliminar por fin la violencia despótica, adoptó en el mundo islámico la forma de una ineludible exigencia de feminismo. Si tiene antena parabólica y puede «zapear» por las cadenas musulmanas de televisión, o bien hojear la prensa escrita, verá que el debate sobre la democracia siempre deriva hacia la discusión sobre los derechos de las mujeres, y viceversa, ya sea en Indonesia, Afganistán, Turquía o Argelia. La unión

misteriosa entre pluralismo y feminismo en el agitado mundo islámico actual es un vivo reflejo de la huella de Sahriyar.

Sahriyar admitió de manera oficial en las centenarias *Mil y una noches* que odiar a las mujeres es una enfermedad, y que todo hombre debía emplear el diálogo y no la violencia si quería aclarar una discusión. Lo que confiere a la Sherezade musulmana sus credenciales como mito civilizador aún vigente y como símbolo del triunfo de la razón sobre la violencia es esta capacidad de mujer inteligente para analizar su situación y transformarla, remodelando la forma de pensar del hombre, animándole a dialogar y a renunciar al uso de la violencia.

Esto nos lleva a hacer hincapié en un último aspecto, ausente por completo en las fantasías del artista occidental (como veremos en el próximo capítulo). En Oriente el uso del cuerpo sin más, el sexo sin cerebro, no ayuda en lo más mínimo a que una mujer pueda cambiar su situación. La primera esposa del rey fracasó miserablemente, porque su rebelión se limitaba a una acción política en la que solo intervino el cuerpo: dejar que su esclavo la poseyera. La lujuria y la traición al esposo atrapan a la mujer en una oposición descabellada y suicida. Sherezade enseña a las mujeres que la única arma eficaz que poseen es desarrollar su capacidad intelectual, adquirir conocimientos y ayudar a los hombres a despojarse de su necesidad narcisista de imponer una heterogeneidad simplificada. Para que pueda iniciarse el diálogo hay que saber confrontar al otro e insistir en que se conozcan y respeten los límites. Cuando se aprende a disfrutar con los vaivenes del diálogo, se puede gozar de situaciones en que el resultado de la contienda no está fijado de un modo rígido ni se conoce de antemano quién ganará y quien perderá.

El historiador marroquí Abdesslam Cheddadi, uno de los analistas más pertinentes del mundo islámico actual, afirma que el primer mensaje clave de *Las mil y una noches* es que «Sahriyar descubre que obligar a una mujer a obedecer la ley marital es un imposible, y está convencido de ello». Sin embargo, añade Cheddadi, por muy sombría que sea esta convicción, al menos no es tan subversiva como el segundo mensaje. Cheddadi explica que, si admitimos que Sahriyar y Sherezade representan el conflicto cósmico entre el Día (lo masculino como orden objetivo, como territorio de la Ley) y la Noche (lo femenino como orden subjetivo, como territorio del Deseo), el hecho de que el rey no matara a su esposa dejó a los hombres musulmanes en una posición de inseguridad insoportable, ya que la batalla carece de un desenlace definido: no queda claro quién ha vencido y quién ha perdido. «Al permitir que Sherezade viva, el propio rey suspende la ley que él mismo había establecido». Paradójicamente, es Sahriyar, el varón, quien detiene sus intenciones, al otorgarle a Sherezade el derecho de vivir, hablar y prosperar. «Ley y Deseo quedan como inmovilizados, sin que nada garantice que de un momento a otro uno de ellos no vaya a retomar nuevamente su propio movimiento». En el mundo islámico los hombres solo pueden estar seguros de una cosa: que la guerra entre los sexos, si representa el conflicto entre las emociones y la razón, es una guerra sin final.

Hombres y mujeres se ven obligados a considerarse mutuamente dentro de una igualdad indecisa e insoportable, que la ley niega. La misión principal de las instituciones es la de negar la evidente igualdad existente entre los dos sexos, y así el sexo débil monopoliza el conocimiento y una elocuencia deslumbradora. Para Cheddadi, la oposición narradora/rey refleja y magnifica el conflicto explosivo en la cultura musulmana entre *Shari'a* (la Verdad sagrada) y Ficción. El triunfo de Sherezade significa también el triunfo de *wahn'z* (la imaginación), que desafía la legitimidad de los

poseedores de *çidq* (la Verdad) y mina su credibilidad. Cheddadi explica el sino triste de los *quççaç* (los cuentacuentos callejeros), de los que Salman Rushdie sería el heredero moderno, y su expulsión de las mezquitas porque la diferenciación entre su ficción y «la Verdad» es muy sutil.

En la Bagdad medieval se identificaba a los cuentacuentos callejeros con instigadores de revueltas y, como hoy día sucede con los periodistas de izquierda, eran censurados y se les prohibía hablar en público. Tabari dice en su libro *History of Nations and Kings* que en el año 279 (siglo X d. C.) «el Sultán dio órdenes para que se informara al pueblo de que en la Ciudad de la Paz (uno de los nombres con que se conocía Bagdad) no se permitiría a los cuentacuentos sentarse en las calles o en la Gran Mezquita». Por su parte, Cheddadi escribe que la persecución sistemática de los *quççaç* por parte de los poderes de palacio se debía a que no había más opción que acallar las voces de los creadores más peligrosos: los autores anónimos, cuyos mensajes se transmiten a través del medio oral. «Comenzando por la segunda parte del primer siglo del islam (siglo VII d. C.), encontramos a Ah, el cuarto califa ortodoxo, expulsando de la mezquita de Basora a los narradores de cuentos. En Oriente la persecución de los *quççaç* acabaría con su extinción total [...] cuando fueron sustituidos por los predicadores (*rnudhakkirun o wu'az*). Era la única manera de establecer una frontera clara entre lo que debía considerarse verdadero y auténtico, y lo que pertenece al mundo de la ficción, la falsedad y la mentira».

Ni que decir tiene que el conflicto entre Verdad y Ficción en el mundo islámico queda justificado por otro enfrentamiento, uno que nos lleva de nuevo a Sahriyar y Sherezade: si la Verdad es el territorio de la Ley y sus constricciones, la Ficción es el mundo de la diversión y el placer. Y, para hacer todo este asunto absolutamente indigesto para los fanáticos, tanto tradicionales como modernos, Cheddadi nos recuerda una característica peculiar de la perturbadora esposa de Sahriyar: «Sherezade se nos presenta, desde su primera aparición en el libro, con las credenciales propias de un *Fa-quihi*, es decir, de la autoridad religiosa musulmana». Su sabiduría incluye grandes dosis de Historia, un dominio impresionante de los textos sagrados, del Corán y de la *Shar'ia* y de las diversas escuelas de interpretación. Esta extraña mezcla, que combina el ingente esfuerzo de Sherezade por autoeducarse y adquirir conocimientos (sabemos que había llegado a reunir «mil libros») y su decisión, aparentemente limpia de toda pretensión, por mantenerse siempre en el inundo de la noche y la ficción, esta mezcla es lo que nos la hace aún más sospechosa, y además explica otro acontecimiento extraño: durante siglos las elites árabes se burlaron de sus fábulas y jamás se preocuparon en ponerlas por escrito.

Si queremos comprender mejor por qué nuestra narradora sirve como símbolo de los derechos humanos en el Oriente actual debemos recordar que durante siglos las elites conservadoras se burlaron de *Las mil y una noches*, pues lo consideraban un producto del populacho y lo tachaban, salvo raras excepciones, de obra carente de todo valor cultural, dado que dichas fábulas se transmitían por vía oral. Las clases superiores masculinas consideraban la tradición del cuentacuentos como símbolo de las masas incultas. ¿Las elites poderosas, que ocupaban el centro cardinal en la esfera de lo público, declararon irrelevante esta tradición porque eran sobre todo las mujeres las que contaban los cuentos, dentro del espacio privado de la familia? A pesar de que no hay demostración científica que corrobore esta cuestión, merece la pena tenerlo en cuenta cuando tratemos de calcular cuál es la posición de *Las mil y una noches* como componente «femenino» de nuestra «herencia musulmana», tan masculina.

Si añado que en los escritos de muchos hombres musulmanes de mi generación la cuentacuentos casi siempre es la abuela, más que el abuelo, comprenderemos mejor la relación existente entre la burla a «las masas» y la burla a «lo femenino». El escritor de origen argelino Bencheikh, un experto contemporáneo en las fábulas, se pregunta si la vilificación que estas narraciones sufrieron en el pasado, cuando recibían la etiqueta de *Khurafa* (delirio de mentes descarriadas), tiene algo que ver con el hecho de que solía describirse a las mujeres como seres más astutos que los hombres. En la lógica de las fábulas, el juez está equivocado y la víctima tiene razón. Sherezade, la víctima, no solo juzga al rey, sino que además le condena a modificar su conducta, de acuerdo con sus propios deseos. Es el mundo al revés. Es un mundo en el que «El juez [. . .] no puede escapar de su víctima». Es un mundo en el que los valores están trastocados, es el reino de la Noche. Recuerden la eterna cantinela que pone el cierre a cada fábula: «Sherezade se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato».

Comparadas con las hondas negruras de la noche, la corte del rey y su justicia parecen un espejismo tan frágil como el propio día. No es de extrañar que las elites árabes, a menudo financiadas por el gobernante despótico, condenaran *Las mil y una noches* a permanecer inmersas en la tradición oral durante siglos y evitaran que obtuviera los méritos necesarios para convertirse en herencia escrita hasta el siglo XIX, ¡cien años después que los europeos, que lo habían puesto por escrito allá por 1704 (fecha de la primera traducción)! ¡Ninguno de los primeros editores era árabe!

La primera edición del texto en árabe la publicó en Calcuta en 1814 un indio musulmán, Sheik Ahmad Shirawani, que era profesor de árabe en el Fort William College de Calcuta. La segunda edición del texto en árabe es la de Breslau, de 1824, y el editor fue Maximiliari Habicht. Solo al cabo de diez años los editores árabes empezaron a hacer dinero con la publicación, comenzando por la edición egipcia de Bulaq (El Cairo, 1834).

Es interesante destacar que el primer editor árabe de *Las mil y una noches* sintió la necesidad de interferir con la versión de Bulaq, «mejorando el lenguaje y presentando un trabajo que en su opinión, era de mejor calidad literaria que el original».

Lo asombroso, dice Bencheikh cuando reflexiona sobre el lugar especial que ocupa *Las mil y una noches* en nuestra herencia musulmana, es que la narradora no niega el *Kayd* típico de las mujeres, es decir, su deseo de sabotear los planes de los hombres. Según él, esto explicaría por qué las elites árabes rechazaban poner las fábulas por escrito. «La narradora, cuyo deber era obtener la gracia del rey cornudo, empuñó todo su talento en inventar cuentos que le reafirmaban en sus sentimientos desconfiados hacia las mujeres». Cada cuento no hace más que ilustrar cuán incontrolables son las mujeres del harén, en cuanto compañeras sexuales. Es absurdo esperar que las mujeres obedezcan, cuando la desigualdad se impone con fuerza de ley.

Todo hombre podía leer en cada fábula su trágico destino, dice Bencheikh. «Sabemos que este pánico a ser traicionados tiene hondas raíces y existe en culturas aún más antiguas, que lo expresan de modo más o menos parecido [...]. Pero aquí estamos ante un texto escrito en lengua arábiga [...]». Sí, porque el árabe es el medio de transmisión del texto sagrado en el mundo islámico, es el lenguaje del Corán. Poner las fábulas por escrito les confiere una credibilidad «académica» escandalosamente peligrosa. En el escenario intelectual árabe del siglo XX Sherezade aparece en primer

plano porque ya en la Bagdad del siglo IX había planteado, sin ambages, asuntos filosóficos y políticos para los que nuestros líderes políticos aún no pueden hallar respuesta: ¿Por qué debe acatarse una ley injusta? ¿Solo porque la ha escrito un hombre? Si es tan evidente la Verdad, ¿por qué no se permite que florezcan la imaginación y la ficción?

El milagro en Oriente consiste en que, debido a su excesiva seriedad, unida a su interés en asuntos filosóficos y políticos de gran envergadura, Sherezade es de una atracción explosiva. Y el único modo en que Sahriyar puede estar seguro de que es toda suya es haciéndole el amor. La única posibilidad de Sahriyar de hacer que su esposa se olvide de todo durante unas horas y le confunda con el mundo es acariciándola con destreza.

Para seducir a una mujer inteligente y preocupada por el mundo, el hombre tiene que convertirse en un maestro en las artes del erotismo. En compañía de Sherezade, la capacidad de Sahriyar para el erotismo alcanza su potencial máximo, lo cual nos lleva al comienzo: ¿Qué le sucede a nuestra reina cuando viaja a Occidente? ¿Qué cambios introdujeron los artistas occidentales en Sherezade para que cupiera en sus fantasías, una vez cruzó la frontera? ¿De qué armas de seducción dotan los artistas occidentales a Sherezade para que pueda seducirlos? ¿Su Sherezade es tan cerebral y política como la oriental, o más bien se ve obligada a disimular su cerebro y limitarse al lenguaje del cuerpo? Y si eso es así, ¿por qué? En su fantasía, ¿es más poderosa, o menos? Por ejemplo, ¿conserva su *status* real o lo pierde? ¿Mantiene su función política, o se la degrada a ser una proveedora de diversión con poco seso? Una cosa está clara: ya sabemos la fecha exacta en que cruzó la frontera de Occidente: fue en 1704, y su primer viaje fue a París.

EN OCCIDENTE LAS MUJERES INTELIGENTES SON FEAS

(Págs. 105-113)

[...]

El libro en cuestión era *Lo bello y lo sublime*, de Immanuel Kant. «La única manera de entender a los occidentales es que leas a sus filósofos», me dijo Jacques nada más cerrar nuestro trato. Y entonces me preguntó si conocía a Kant. Nunca miento para ocultar mi ignorancia, pues creo que uno desaprovecharía oportunidades fantásticas de mejorar. Por eso le confesé abiertamente que no había leído nada de él. Solo sabía que era alemán y uno de los pensadores más importantes y más citados por los europeos cultos. Le sorprendió mi ignorancia y me preguntó qué libros eran de lectura obligatoria en mis años de estudios. Le expliqué que la educación básica que recibí se centraba en aprenderse de memoria el Corán, y los años siguientes se dedicaban a recitar poesía preislámica. Por lo tanto, las probabilidades de conocer a Immanuel Kant en la Fez de mi adolescencia eran nulas. Se echó a reír y comentó que quizá fuese un buen presagio, porque Kant no era precisamente muy amable respecto de las mujeres, aunque estaba en el origen del asesinato de la desafortunada Sherezade a manos de Edgar Allan Poe, y que explicaba también gran parte del enigma del harén a la occidental.

Según Kant, el cerebro de una mujer «normal» está programado para «el sentimiento más fino». La mujer debe dejar para los hombres «la comprensión profunda de especulaciones abstractas o las ramas del conocimiento que son útiles pero áridas». Decía Kant (1724-1804): «El estudio trabajoso y la reflexión penosa, aunque una mujer fuese lejos en ellos, borran los méritos peculiares de su sexo, y si bien la rareza de estas condiciones en su sexo las convierte en objeto de fría admiración, debilitan al mismo tiempo los encantos que les otorgan su fuerte imperio sobre el sexo opuesto». Al principio, este descubrimiento de la separación entre belleza y cerebro me asustó. Daba de lleno en uno de mis puntos débiles: soy extremadamente sensible a las separaciones drásticas y a las fronteras artificiales. ¡A qué elección más terrible se enfrentan las mujeres en la Europa de Kant: escoger entre la belleza y la inteligencia! Es tan cruel como la amenaza de los fundamentalistas: o llevas la cara cubierta y así vas segura, o muestras tu rostro y sufres sus agresiones. Me dieron ganas de tirar aquel libro tan desagradable y dedicarme a disfrutar del café parisino, sin pensar más en por qué los hombres y las mujeres de todo el mundo tienen siempre tantas dificultades para convivir con alegría. Sin embargo, recordaba el comentario de Yasmina de que viajar no es sinónimo de divertirse, sino de aprender. Consiste en cruzar fronteras, controlar el miedo que te provoca enfrentarte a los extraños, hacer el esfuerzo por comprenderlos. Este es un modo maravilloso de hacerse más fuerte. Te permite discernir quién eres y cómo te trata tu propia cultura.

Leer a Immanuel Kant me abrió nuevos horizontes. Asaltaron mi mente cuestiones nuevas acerca del Este y el Oeste, cuestiones que compartí, por separado, con Jacques y con Christiane, mis mentores parisinos. Como siempre discuten cuando surge el tema de la belleza y el amor, decidí que, si quería aprender algo en absoluto, tendría que verlos por separado. De todos modos, aquí está lo que aprendí leyendo a Kant aquella mañana memorable en el café de la Rue de Rivoli.

Su mensaje es bastante simple: lo femenino es la belleza, lo masculino es lo sublime. Por supuesto, lo sublime es la capacidad para pensar, es decir, para desarrollarse en un estrato superior al de los animales y los minerales. Hay que tener muy en cuenta esta consideración, ya que una mujer que se atreva a ser inteligente recibe su castigo en el acto: se la tacha de fea. El tono del libro de Kant es tan tajante como el estilo de un imán musulmán. La única diferencia entre el imán y Kant, al que se considera «la antorcha principal de la Ilustración germana», es que la frontera que establece este último no se refiere a la división espacial (lo privado para la mujer, lo público para el hombre), sino que aplica una división artificial en algo tan indivisible como la belleza y la inteligencia. A diferencia de los califas, como Harún al-Rasid, que confundían belleza con educación sofisticada y que estaban dispuestos a desembolsar sumas astronómicas para contar siempre con alguna *Jarya* inteligente en sus harenes, la mujer ideal de Kant es la que no abre la boca. Según Kant, los vastos conocimientos no solo destrozan los encantos de una mujer, sino que además mostrar dicha sabiduría aniquila la propia femineidad: «A una mujer con la cabeza llena de griego, como la señora Dacier, o que sostiene sobre mecánica discusiones fundamentales, como la marquesa de Châtelet, parece que no le hace falta más que una buena barba». Mme. Dacier (1654-1720) tradujo al francés la *Ilíada*, la *Odisea* y otros clásicos griegos y latinos, y la marquesa de Châtelet fue la compañera de Voltaire, y en 1738 la Academia Francesa de la Ciencia le concedió un galardón por un ensayo acerca de la naturaleza y propagación del fuego. En 1764, Kant se tomó la molestia de publicar *Lo bello y lo sublime* para ayudar a las mujeres a escoger correctamente y sacrificar sus aspiraciones intelectuales para poder agradar mejor a los hombres.

Sentí que había dado con una diferencia radical entre Oriente y Occidente. Hasta donde me alcanza la memoria, siempre a lo largo de mi infancia se me dijo, bien de manera directa cuando metía la pata o bien de forma indirecta a través de los cuentos y los proverbios, que una mujer estúpida no llega a ninguna parte. Como modelo se me presentaba a Tawaddud, una de las heroínas de Sherezade y una sabia de la ciencia, y Yasmina, que era analfabeta, solía pedirle a los familiares más cultos que leyeran el episodio original para asegurarse de que yo entendiera bien el mensaje:

El Califa preguntó: «¿Cuál es tu nombre?». «Tawaddud.» «¡Tawaddud! ¿Qué ciencias sabes?». «¡Señor mío! La gramática, la poesía, el derecho canónico, la interpretación del Corán, la filología; conozco la música, la ciencia de la partición de herencias, la aritmética, la geometría, la topografía y las antiguas tradiciones. [...] He estudiado las ciencias exactas, la geometría, la filosofía, la medicina, la lógica, la retórica y la composición; he aprendido de memoria muchos textos científicos, me he preocupado de la poesía y sé tocar el laúd; sé acompañarme con él en el canto, conozco la técnica de tocar y arreglar las cuerdas, y si canto y bailo, seduzco; si me arreglo y me perfumo, mato. En resumen: he llegado a un punto que solo alcanzan quienes están enraizados en la ciencia».

En este diálogo entre señor y esclava, Tawaddud, en los pocos minutos de atención que se le conceden, trata de venderse lo mejor posible. Tiene que competir no solo con las mujeres del harén, sino también con los eruditos y artistas que pueblan el palacio con la misión de entretener al califa. Una mujer de un harén no tenía más alternativa que invertir su tiempo en mejorar su educación. Siguiendo los consejos de Kant, la mediocridad habría resultado suicida para una mujer igual que para un intelectual cultivado.

Según Kant, las mujeres no deberían estudiar ni geometría ni astronomía ni historia, disciplinas consideradas vitales para cualquier bella de harén que quisiera mantener sus relaciones con el califa: «[...] el atractivo de sus encantos no pierde nada de energía si no saben una palabra de lo que Algarotti, para provecho suyo y siguiendo a Newton, se ha esforzado en escribir acerca de las fuerzas de atracción de las materias groseras». El conde Francisco Algarotti (1712-1764) escribió un resumen simplificado de las ideas newtonianas: *Il newtonianismo per le dame* (1737), dirigido a las mujeres, consideradas incapaces de digerir la muy masculina exposición de Newton. Según Kant, tanto las matemáticas como la historia y la geografía son disciplinas que pueden acabar con la belleza de las mujeres: «En historia no se llenarán la cabeza con batallas ni en geografía con fortalezas: tan mal sienta en ellas el olor de la pólvora como en los hombres el del almizcle». En cuanto a la geografía, la mujer no debería conocer más que lo necesario para poder seguir una discusión trivial, y debería evitar a toda costa entrar en disertaciones sobre conocimientos serios acerca de la situación del planeta. «Es bello que se haga agradable a una mujer la vista de un mapa donde se representa toda la tierra o la porción más importante de ella. [...] Poco importa que sepan o no las particulares divisiones de estos países, su industria, su poderío o sus soberanos. Del universo, igualmente, solo es menester que conozcan lo necesario para hacerles conmovedor el espectáculo del cielo en una hermosa noche, cuando han comprendido en cierto modo que existen otros mundos y en ellos también hermosas criaturas».

¡Qué extraño!, pensé. ¡En el Oriente medieval, déspotas como Harún al-Rasid valoraban a las esclavas de inteligencia desafiante, mientras en la Europa del siglo

ilustrado los filósofos como Kant soñaban con mujeres mudas! ¡Qué separación tan extravagante entre sentimientos y razón! En el Occidente ilustrado de Kant el mundo no se entiende habitado por una única raza de humanos que comparten la capacidad de sentir y razonar, sino por dos clases diferentes de criaturas: las que sienten (las mujeres) y las que razonan (los hombres). Una mujer, en este Oeste ilustrado, es una criatura cuya «filosofía no consiste en razonamientos, sino en la sensibilidad». La educación correcta que debe recibir una mujer es aquella que inhibe su capacidad para la especulación y que implica una lobotomía cervical. «Nunca una enseñanza fría y especulativa, siempre sensaciones, y estas permaneciendo tan cerca como sea posible de sus condiciones de sexo. Semejante instrucción es tan rara porque exige aptitudes, experiencia y un corazón lleno de sentimiento. De toda otra puede la mujer muy bien prescindir».

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Se explica así por qué Poe asesinó a Sherezade? ¿Es esta la razón por la cual los occidentales se muestran tan eufóricos respecto del harén, porque las mujeres aparecen desprovistas de cerebro y por lo tanto no pueden analizar su situación?

Sin embargo, Poe fue uno de los pocos escritores occidentales del siglo XX que concedió a la narradora de cuentos un cerebro fuera de lo común. Tres años antes, el escritor francés Théophile Gautier había asesinado ya a Sherezade en *La Mille et Deuxième Nuit* (1842) porque se le había agotado la inspiración. Comparado con Gautier, que también la había despojado de cerebro, Poe al menos dio a Sherezade inspiración y neuronas. Pero la mató porque sabía demasiado.

¿Por qué los occidentales sueñan con ideales de belleza tan diferentes de los de los orientales? ¿Qué nos dice el ideal de belleza sobre una cultura en particular?

¿Por qué un hombre progresista como Kant, tan preocupado por el avance de la civilización – es decir, por la capacidad de diferenciarnos de los animales –, necesitaba que las mujeres atrofiaran sus cerebros para hacerlas gozosas a sus ojos?

¿Tiene sentido afirmar que la violencia actual contra las mujeres en el mundo islámico se debe a que se les reconoce el intelecto, mientras que en Occidente las cosas son más fáciles porque se considera que las mujeres carecen de capacidad de razonar o, al menos, se finge cuando a los imanes del Oeste les conviene ritualizar esta ilusión?

Al llegar a estas reflexiones me sentí repentinamente muy mal. Tenía palpitaciones. Miré hacia la calle para ver si llegaba Jacques, pero recordé que nunca era puntual, igual que los marroquíes. Consulté el reloj: aún faltaba un cuarto de hora. Sé que me encuentro mal, pensé. En parte por culpa de Kant y en parte por el *café-serré* que acababa de tragarme. Siempre me olvido de que en Occidente todo es mucho más fuerte que en casa, empezando por el café. Bueno, tendré que visitar a un médico por estas palpitaciones. Menudo lío si me da un ataque al corazón estando en Francia; me gustaría que me enterraran en la playa de Temara, a diez kilómetros de Rabat. No tengo escrito el testamento ni he comprado aún el ataúd, como es costumbre en Fez. Solo cuento con Maroc-Assistance, un seguro que cubre el traslado en barco si falleces en territorio cristiano. Bueno, la verdad es que me disgusta pensar cosas tan deprimentes. Más me vale ocuparme de estos asuntos macabros en cuanto vuelva a casa. Yasmina diría: «Una mujer debe comenzar por lo más sencillo. Eliminar los pequeños detalles que se pueden controlar.» Así pues, pedí un saludable *orange pressée* y empecé a saborearlo con deleite cuando al fin apareció Jacques.